

La Universidad en el Futuro

Por Jaime Sanín Echeverri

No es posible que la parálisis formada en la historia como en el firmamento nos impida apreciar cómo la circunstancia presente es singular, única. No hay noticia en nuestro país, ni la tengo de otro alguno, de que el Jefe del Estado consagre personalmente con la intensidad prevista para esta reunión, tres jornadas plenas al diálogo con las directivas, el profesorado y el estudiantado de todas las universidades de su patria y al análisis profundo de la problemática universitaria y sus ecos en el desarrollo del pueblo.

Después de conocida esta iniciativa sin precedentes aparece tan lógica que cualquiera se pregunta por qué no se había realizado. Entre las responsabilidades abrumadoras que nuestra carta señala al Presidente de Colombia, pocas tienen tanto peso como la dirección de la educación pública, su inspección y su vigilancia, pues no se trata ya de lo concreto y mensurable, como construir tantos kilómetros de autopista, presentar un superávit presupuestal o de la balanza de pagos, reclutar el pie de fuerza, recaudar un tributo o fomentar un cultivo. Al lado de lo visible juegan en la educación lo invisible, lo previsible y lo imprevisible en forma tan influyente que puede afirmarse que el gobierno que hoy educa decide sobre la suerte de los hombres de su país más aún que aquel otro que va a mandarlos en la plenitud de su edad y de su ejercicio ciudadanos. Las deficiencias y los errores de la educación de ayer no pueden ya ser reparadas eficientemente por el gobernante de hoy, y los de hoy no podrán enmendarse en el decenio por venir. Así toda la educación es profecía y no puede ser buena cuando se adapta, como siempre se pretende exigir, a la realidad del país. Con algo de misterio en su esencia, la buena educación tiene que apartarse de la realidad y volar sobre el futuro. Ser en cierta medida idealista para que resulte realista en la hora de su aplicación.

NOTA. — Exposición presentada en la sesión inaugural de la Reunión Nacional de Universidades realizada en La Ceja en enero de 1969.

Ya en los años veintes explicaba Ludovici (1) cómo el simple mortal, mediante la proyección estadística, ha arrebatado a los dioses algo de ese poder sobrenatural de la profecía. Los novelistas de la ciencia ficción, los pensadores y los planificadores participan de esa misión de vaticinio con los educadores. Jugando con los grandes números con una rapidez que sobrepasa incomparablemente el proceso mental, el hombre de hoy avisora el porvenir, en cuanto es consecuencia matemática de los datos presentes, con horizonte más amplio y pormenores más exactos que en ninguna época anterior.

Marc Heimer (2) nos describe recientemente entre irónico y pintoresco la universidad de 1980 y Rudolph Atcon (3) avizora con penetración aquilina cuál será su estructura. Es posible que los computadores u ordenadores puedan aconsejar con mayor precisión que el orientador profesional, supuesta la perforación perfecta de la tarjeta que pregunta, no ya solamente cuál es la carrera que un hombre joven o maduro debe seguir, sino en qué institución debe hacerlo, cuál es el subsidio del Estado a que tiene derecho, dónde debe dormir y qué cafetería frecuentar. Es posible también que la aplicación de la hipnosis y la narcosis aceleren increíblemente ciertos procesos de aprendizaje. Que la grabadora sea entre los útiles de bolsillo tan necesaria como es ahora el bolígrafo y que la televisión permita seguir la clase magistral y los pormenores de cada experimento sin necesidad de abandonar el lecho tempranamente. Mediante una programación exhaustiva las pruebas se mecanizarán en tal forma que se llegará a responder por la eficiencia del aprendizaje aún en los altos niveles. La tecnología permitirá seleccionar en tal manera el profesor universitario que se eliminen quienes año por año recitan un texto sin aportar nada nuevo a su disciplina. El aprendizaje dejará de ser ejercicio de la juventud para convertirse en el aprovechamiento general de los crecientes períodos de descanso en una sociedad de superconsumo. El 60% de los empleos que en los países avanzados no requieren aún alta formación profesional se irá eliminando en forma tal que hacia 1990 quede en ellos prácticamente eliminado. Se llegará a la generalización sin obligatoriedad de la educación superior, y un florecer nunca soñado de las ciencias y de las artes hará de zonas muy vastas del mundo lo que fue la pequeña Atenas del siglo V antes de nuestra era. Pero eso sí. No se esperan máquinas que sustituyan la amistad y el calor comunitario engendrado por la presencia cordial de viejos y jóvenes en pos del saber.

1) — Ludovici: "Lisistrata o La Mujer del Porvenir y el Porvenir de la Mujer". Traducción de Manuel Ortega y Gasset. Publicaciones de la "Revista de Occidente".

2) — Marc Heimer: "L'université de 1980 est née". Paris Match, Septiembre de 1968, págs. 53 y 55.

3) — Conferencia inédita en Manizales. V Seminario a Nivel de Rectores - Estudios Generales - Asociación Colombiana de Universidades - Octubre 26-30 de 1965.

Para entonces, según Jean Schreiber (4), varios países de los conocidos hoy como en un proceso de desarrollo serán ya desarrollados. Colombia figura en la lista no muy larga de este clarividente. Claro que no habremos zanjado la distancia con la parte más rica del mundo, que pertenecerá ya entonces a la nueva categoría de los superdesarrollados. Pero así y todo esa previsión tiene para nosotros el contenido de un reto superior al que se plantea a la Europa Occidental.

El célebre analista francés hace descansar la causa eficiente del predominio mundial estadounidense en el trípode del poder público, el sector privado y la universidad, tan firmemente asentado en la nación austral americana y hoy por hoy inexistente en Europa Occidental. El Estado financia la investigación, la universidad la realiza y el sector privado la reproduce en la escala del consumo. Mediante la tributación el sector privado permite que el poder público refinance la investigación universitaria, y así queda establecida esa escalera sin fin del progreso y de la eficiencia. En la base para el consumo está siempre la educación generalizada a todo el pueblo y al mayor nivel. Dadas estas condiciones no se ve cómo pueda detenerse el avance de un pueblo, y el que las posea en mayor perfección irá a la cabeza de la economía y del bienestar.

¿Podemos nosotros afirmar que para esta expectativa está la universidad colombiana adecuada, que nuestra universidad de hoy es la garante del país de mañana, de esa patria que todos deseamos amorosamente, la que ya nos perfilan y modelan los nuevos arúspices aún en lejanas latitudes? Cada uno de nosotros sabe que no.

Nuestra universidad viene realizando esfuerzos dignos de ella, pero está aún muy lejos de poder crear un ambiente nacional basado en lo que hoy se llama la meritocracia.

En sus orígenes la Universidad Latinoamericana fue calco lejano de los claustros de Salamanca y de Coímbra. Real y Pontificia, sus grandes objetivos fueron la formación de funcionarios eficientes, de patronos para la litis de la Corona, y de clérigos doctos para la salvación de las almas. El doctorado en ambos derechos y en forma tardía el de medicina crearon nuestra universidad. Hubo un momento en que las ciencias naturales, la astronomía, la matemática y la disección de cadáveres hacía de estos virreinos una comunidad científica promisoría con la sabia Europa. Es el cuarto de hora de nuestra investigación científica, que en la Nueva Granada podemos identificar con el gobierno del Arzobispo Caballero y con la Expedición Botánica.

La guerra de la independencia, en medio de tantas bendiciones, nos trajo la frustración universitaria. Los profesores españoles regresaron a la península y se cortó de un mandoble el flujo hasta entonces obvio de profesores europeos hacia América. Los criollos ilus-

4) — Jean Schreiber: "El Desafío Americano". Plaza y Janés S. A., Barcelona, 1968.

trados, sus discípulos, tuvieron que marchar prematuramente a los campos de batalla. Es una guerra desoladora de catorce y más años. Los unos perecen en el cadalso, los otros en el frente, cuáles asesinados, cuáles víctimas de la patología tropical. Cantemos la libertad, que vale más que la ciencia, pero no ignoremos el hecho de que para ésta, para la universidad, nada ha sido tan desastroso como nuestra emancipación. Los sobrevivientes de aquella hecatombe no habían tenido otra escuela que el cuartel. Si comparamos con lo ocurrido medio siglo antes en el norte del continente, allá la reserva humanista y científica quedó intacta después de la parva guerra de liberación. Aquí muere Bolívar tempranamente, San Martín se exilia, Sucre es muerto en Berreucos y queda la extensa logia de engreídos y fachendosos que desintegran para sus ambiciones personales en paupérrimas provincias, sedicentes repúblicas, lo que había sido el más unitario de los imperios lindantes con tierras de ambos polos.

En el medio siglo que siguió a la independencia, si exceptuamos luminarias como Bello y Sarmiento, es difícil encontrar en toda nuestra deshecha y maltrecha nación un movimiento de veras universitario. Ni siquiera manifestaciones elementales aún en pueblos primitivos, como la poesía, tienen expresión en estos años oscuros. Los monasterios coloniales y los colegios reales llegan a la peor decadencia, no obstante los esfuerzos ciclópeos de un General Santander. En nombre de la libertad de trabajo y de industria se permite que cualquier ciudadano ejerza las profesiones tradicionalmente reservadas a la universidad, como el sacerdocio, el derecho y la medicina, las del venerando trivio, y así se entroniza la charlatanería y se desestimula al máximo el esfuerzo.

De aquella situación caótica de hace un siglo a hoy no puede negarse que hemos avanzado. Si esta fuera ocasión propia para presentar estadísticas de lo conseguido bajo los gobiernos electivos de los diez años últimos tendríamos material para adular a los poderosos y crear espejismos en el pueblo. Diríamos por ejemplo cómo hemos multiplicado por cinco el número de estudiantes y por treinta el de profesores de tiempo completo.

Pero es más honesto y útil que recrearnos en ponderaciones de lo poco logrado, medir lo mucho que nos falta para llegar a los niveles que el país requiere.

Se ha extendido mucho en Colombia la noción de que la finalidad esencial de la universidad es el control del medio físico, cuando en realidad ello compete solo a una parte del Alma Mater, la que versa sobre las ciencias naturales y la ingeniería. Otros creen que se trata del control del ambiente, incluyendo en él lo primordial, que es el hombre. A mí me parece una doctrina capitalista aquella según la cual un grupo de hombres, los universitarios, controlen o quizás exploten a sus congéneres y tengan en sus manos los instrumentos científicos y tecnológicos para domeñar el medio físico y con él la producción. Antes que hablar de control hay que hacerlo de servicio, y no a una clase social, así sea la meritocracia, sino al pueblo todo, con mayor énfasis a los miembros más débiles de una sociedad. La antigua concepción de la universidad real y pontificia, vale decir al servicio de la co-

rona y de la tiara, subsiste aún en mentalidades doctas de muchos países. La universidad inglesa fue reputada hasta las últimas reformas como el máximo instrumento para preservar los fueros de la corona.

Pero no en vano se repite todos los días que estamos en el siglo del hombre del pueblo, y lo que debe caracterizar la universidad del mañana es que esta tesis se convierta en realidad. Se duelen los franceses de que el hijo de un labriego de sus campiñas apenas tiene la mitad de las oportunidades de que disfruta el hijo de un médico para ingresar en la universidad. A pesar de que esa situación tiene poco de democrática, cuando en Colombia lleguemos a ese nivel habremos avanzado tanto que podrá decirse que hemos realizado una revolución. El colombiano que tiene tradición cultural en su familia se encamina hoy lógicamente a la universidad. El hijo del campesino tiene una carrera de obstáculos que muy pocos, apenas quizá el uno por tres mil, es capaz de superar. No hablemos aún de universidad. La sola terminación de la educación primaria en un país en que predomina la enseñanza rural de dos años resulta virtualmente imposible.

Nuestra universidad del futuro, pues, no debemos exponerla con las sutilezas y filigranas con que la describen los soñadores de pueblos más ricos y prósperos. La universidad de nuestro futuro habrá de ser muy semejante a la universidad de hoy en esas zonas culturalmente avanzadas. Semejante pero no igual. Si algo ha de caracterizarla es que por fin obtenga su independencia, en forma que no sea el calco de los modelos españoles, franceses, ingleses y saxoamericanos, según el predominio mundial de turno, sino por fin sea la universidad latinoamericana, hija de sus valores propios, creadora de nuevos valores autóctonos, síntesis sí de su universo, pero una síntesis en criollo, en cántico y en castellano.

Es indudable que después de la reforma universitaria de Córdoba, que afectó las palancas del poder, en estos últimos años viene realizándose, sin manifiestos ni declaraciones pomposas, otra reforma que altera más hondamente la estructura de nuestras instituciones. Sus características, que podrán servirnos de parámetros en la concepción de la universidad latinoamericana del futuro, son las siguientes:

- 1) La profesionalización del docente universitario.
- 2) El acceso del hombre pobre a la universidad.
- 3) Una participación creciente de la mujer en el mundo académico y profesional.
- 4) La diversificación de disciplinas hacia lo que Kerr llama multiversidad.
- 5) Énfasis en la formación de equipos para la investigación científica, bibliotecas, laboratorios, centros de documentación.
- 6) Conciencia de pertenecer a la comunidad internacional del saber: computadores, publicaciones, intercambio.

7) Integración de disciplinas con miras a crear primero un universitario y luego un profesional y vinculación de servicio con el resto de la comunidad.

8) Estudios de graduados y nuevas oportunidades a nivel de primer grado para los adultos con tendencia a crear un sistema de educación vitalicia.

9) Oportunidad para que los trabajadores accedan a la universidad y prosperen en ella.

10) Flexibilidad.

11) Sentido de integración latinoamericana en todas las actividades, como factor revolucionario.

12) Un nuevo humanismo que pretende llegar a la síntesis entre los derechos individuales de la revolución francesa y los derechos sociales de la concepción marxista.

Vista así la universidad latinoamericana, podemos compararla con un ya poderoso ejército de seiscientos mil intelectuales enfrentados a la conquista, mediante la ciencia, de su propia patria que fue desintegrada, atomizada por el individualismo del siglo pasado. Es lo cierto que nuestra universidad pasa del ciclo virreinal español y del caos de la postguerra de independencia a copiar la universidad francesa, precisamente en el peor momento de su historia, cuando la universidad siguió la suerte de las demás corporaciones, disueltas por la visión napoleónica del Estado.

El gran problema del hombre latinoamericano de hoy es el político, la búsqueda de su patria auténtica. Para estos huérfanos con padres vivos, la universidad es la única entidad técnicamente idónea para el hallazgo. En vano los economistas han buscado la integración económica prescindiendo de solucionar alguna manera de integración política. Al nivel de las decisiones sustantivas, la fuerza de inercia, el "establecimiento" frustra las más generosas intenciones y los más bien diseñados planes.

La integración económica necesita de la integración monetaria, migratoria y aduanera, y estos son fueros de los políticos y no de los economistas. Pero esto requiere una integración de la ciencia, de la economía, de los medios de comunicación, de las artes, del folclor. Cuando los tecnólogos estén diseñando un aparato para el beneficio del maíz, de la arracacha, de la yuca están haciendo por la integración de nuestros países tanto como el jurista que delibera sobre sutiles fórmulas de derecho internacional. Cuando el desarrollo de la matemática en el Perú o de la química en la Argentina o de la agricultura en México o de la medicina en Colombia se extienda con la espontaneidad de los pastos naturales por todo el territorio americano de habla hispana, el neocolonialismo habrá cedido por fin, empezaremos a tener peso propio, aún modesto, en el mundo científico y universitario, pero podremos

afirmar que es nuestra la cultura, que estamos produciendo valores nuestros y que desde entonces nuestra universidad y nuestra industria y trabajo, hijos de ella, no son más de imitación sino de creación.

No se trata, pues, de controlar un medio humano y físico sino de crear un medio humano capaz de domeñar el ambiente tropical al servicio de todos nuestros hombres. Colosal tarea la de la universidad latinoamericana. La llamada civilización occidental, que es la que da la medida actual del desarrollo, no se ha asentado aún en ninguna área de la zona tórrida y somos nosotros quienes estamos más cerca de lograrlo y quienes tenemos obligación de hacerlo.

La cultura europea tenía que florecer espontáneamente y en breve lapso en zonas como los Estados Unidos, el Canadá y aun la Argentina. Las semillas estaban aclimatadas. El clima era el mismo que por miríadas, con sus cuatro estaciones, era apto para la vida del hombre blanco. El trigo, la uva, la oliva, el caballo, la vaca, la oveja y el europeo respiraban el mismo aire y estaban a la misma altura de su nacimiento. Desde el punto de vista físico estaban en su medio, en su nación. No encontraron otras culturas y otras gentes a quienes derrotar, y así el hombre europeo pudo seguir campante una cultura ya milenaria sin obstáculos.

Nuestro caso es muy otro. Teníamos millones de americanos en multitud de culturas, enfrentados a la pólvora y al hombre a caballo. La conquista, lejos de eliminar la población aborigen, crea el mestizaje, fortalecido luego con la forzada migración africana. El señor blanco a caballo es siempre aquí la minoría. La gran masa de la población proviene de otras culturas y es obligada a la gigantesca hazaña de aprender español y de adaptarse paulatina pero firmemente al cristianismo. Ninguna de las culturas americanas había llegado al alfabeto, y su simbología es anterior al jeroglífico. Nuestro punto de partida no es, pues, la cultura mediterránea trimilenaria, sino el estado prehistórico de poblaciones mayoritarias indígenas y africanas, injertado por minorías de soldados, clérigos y funcionarios españoles. Por eso nuestro avance es más lento, aunque si bien se mira es también más firme. A la vez que encontramos síntesis culturales y modos de convivencia amorosa entre razas de tres continentes, armonizadas por una sola lengua y por un solo credo, otras naciones con cultura de transplante y no de aclimatación encuentran hoy dificultades insolubles por falta de integración racial y lingüística. Los Estados Unidos y Sudáfrica son los ejemplos más patéticos.

Para la concepción de Ortega, la universidad es europea o no es universidad. Los Estados Unidos pertenecen por trasplante lógico a la cultura europea, y bien pueden ser calificados en muchos aspectos como la mejor parte de ella. De nosotros, a pesar del inmenso influjo cristiano y español, no puede predicarse tan llanamente que pertenecemos a la civilización y a la cultura occidentales. Somos aún la vieja lucha sarmentina entre la civilización y la barbarie. La universidad sin embargo es la gran avanzada para la creación de valores culturales de occidente. Ella nos ha dado la concepción romana del derecho, la teología también romana, la medicina aprendida de Europa, la matemática europea, la tecnología euroamericana, la arquitectura indu-

dablemente occidental, y así de todas las demás disciplinas. En ese sentido de universidad como europeización no cabe duda de que la nuestra ha venido cumpliendo y cumple su misión.

Es más hondo, sin embargo, nuestro problema. Además de asimilar la filosofía, las ciencias naturales, la matemática, la historia, las lenguas europeas, nosotros tenemos que descubrir un continente incógnito aún y no esperar a que los de fuera lo acaben de descubrir. El estudio de nuestra geología, de nuestra geografía, de nuestra política, de nuestra antropología, de nuestra sociología, no pueden seguir haciéndonoslo y enseñándonoslo sabios de otras latitudes con otras medidas de valor y al ritmo que ellos alcanzan. Nuestra cultura no es de trigo como la europea, ni de arroz como la oriental, sino que nuestro hombre es de maíz, según la afortunada frase de Asturias. Es más importante el cacao que la oliva para el hombre de América. Si hubiéramos cultivado universitaria, científicamente la llama, sería mejor para nuestro hombre que la oveja. Pero la ciencia del indio, única que estaba compenetrada con esta naturaleza exuberante y maravillosa del trópico y de los altiplanos andinos fue la primera víctima de nuestro proceso precipitado de europeización. Ni supimos aprovechar en su tiempo los aportes de las ricas culturas africanas, de las cuales nos quedan apenas ecos prodigiosos en sus ritmos.

La cultura de imitación, como la industria de imitación. ¿Qué hemos inventado en América Latina? Se nos pregunta y se nos enrostra. No es evidente que los jugos de nuestra curuba, si hubieran encontrado mercado continental y mundial, son mejores que las patentes sobre las cuales pagamos regalías?

Pasar de la imitación a la creación, tal el programa. Del complejo simiesco a la plenitud de la responsabilidad humana.

De esta tarea revolucionaria no pueden encargarse los gobiernos, que desaparecerán con los conceptos caducos de una soberanía simulada y antidialéctica para dar paso al nuevo estado en el que coincidan los conceptos sociológicos de lengua, historia, religión y costumbres en comunidad de aspiraciones sobre los deleznable tratados de nuestra desintegración para satisfacer caprichos de los militares que no murieron en el caldalso ni en el combate.

Esta es la tarea de la juventud de hoy, y si la menosprecia como nuestra generación lo hizo, la realizarán indefectiblemente sus hijos, pero maldiciendo a sus progenitores. No tenemos ya que importar la revolución francesa a estas horas, ni la democracia americana con dos siglos de retraso, ni la de octubre con cincuenta años. La juventud debe enfrentarse por fin a su propia revolución, en una tarea tan grande como sus anhelos y su inconformidad. Poner al servicio de la integración criolla todos los recursos de la investigación, del arte, de las profesiones y de la mística. Integrar nuestro profesorado, que pueda pasarse dictando lecciones en español desde México hasta la Argentina; integrar el estudiantado como fuerza exigente de liberación contra el neocolonialismo, pero no por enfrentamiento retórico, sino mediante la creación de una ciencia y de unas artes nostramericanas, modestas en un principio, pero autóctonas por la originalidad de su eficiencia y de

su adhesión a la tierra. Nada de ridículo sentimiento de xenofobia, indigno de la universidad que por naturaleza es mundial. Aprovechar de todos los países del mundo, y si posible también del satélite y de los planetas y demás astros, cuando puedan aportarnos. Pero no recostarnos más en el esfuerzo extranjero sin hacer potencia en nuestro propio brazo. Hoy somos seiscientos mil. En unos cinco años tendremos un millón de dirigentes y detrás de ellos los doscientos y más millones de la patria hallada.

El día de nuestra América ya alborea. La Universidad viene al frente con la bandera. No ha clareado aún tanto como para que la veamos, pero ya se escuchan sus cantos jubilosos entre la sombra.